



## UNA SALA PARA ANTIOQUIA

**L**a Sala Antioquia de la Biblioteca Pública Piloto cumple 40 años. Se creó en 1985 fruto de compra que el Banco de la República hizo al bibliófilo antioqueño Bernardo Montoya, quien se había dedicado a la tarea de rastrear libros y documentos que reflexionaran sobre la historia y la cultura antioqueñas, en anticuarias colombianas y en ciudades como Quito, La Paz, Lima, Buenos Aires y algunas otras capitales centroamericanas. Por intermedio de Juan Luis Mejía, ese valioso material fue donado a la Biblioteca y entregado a Gloria Inés Palomino, por entonces directora de la institución.

A la fecha, la Sala Antioquia sigue prestando su servicio ininterrumpido a investigadores, estudiantes y usuarios, encaminando sus esfuerzos en consolidarse como escenario fundamental para resguardar y poner al servicio, bajo los debidos cuidados de conservación, materiales que dan cuenta del trasegar de la ciudad y de la región antioqueña.

Al momento de escribir estas líneas se adelanta un detallado inventario de las colecciones bibliográficas y hemerográficas, así como de los fondos y colecciones documentales de la Sala, lo que dará precisión sobre el número de materiales custodiados y nos permitirá definir políticas para la correcta gestión de la memoria y de sus huellas.

Destacamos también la llegada de nuevos materiales como los libros de actas y los libros de contabilidad de la Junta Directiva y de la Asamblea General de Accionistas de la Compañía del Teatro Bolívar –vigentes en el período 1917-1960–, recibidos en donación en 2022, así como documentos del Club Rotario de Medellín –fechados entre 1928 y 2015–, donados en 2024, fondos documentales que muestran parte importante del quehacer cultural y cívico en la ciudad del siglo XX y parte del presente siglo.

Asimismo, se adelantan procesos de formalización de los fondos personales de la Biblioteca. Este año se logró la formalización del Fondo Jotamario Arbeláez, parte del Archivo Movimiento Nadaísta y se adelantan conversaciones con la familia del poeta antioqueño Carlos Castro Saavedra.

Todo lo anterior con el propósito firme de seguir siendo una Sala para Antioquia.



## LA PIPA DEL EDITOR

I

*Se dice río*

“Para no cederle todo al olvido”

**R**egocija leer sus páginas. Gozo que no es solo de la mente lectora, al cuerpo le alcanza plenamente el abrazo de su empuje vital. No deja de ser una alegría, y muy grande, que alguien haya vivido un viaje tan íntegro e intensamente, y que luego lo haya escrito tan bien, quiero decir, tan en consonancia con el alma total del viaje.

Primero fueron abuelos de índole opuesta “galopándole en la sangre”<sup>1</sup> a la autora, dividiéndola: el “abuelo” árbol que quería sembrarla en permanencias y el “abuelo” río que la embriajaba en las tentaciones embriagadoras del viaje. No sin una raíz histórica de fondo animándola, un poeta del suroeste antioqueño tituló su libro de poemas *Río y tarde van viajando*. La imagen es prisma que concentra uno de los polos existenciales desde los que se erigió la identidad histórica y cultural de la región: el viaje.



<sup>1</sup> “Nos viene de perlas” la evocación de lo dicho por Atahualpa Yupanqui en su copla: “Me galopan en la sangre dos abuelos, sí señor/ el uno lleno de silencio/ y el otro medio cantor”.

Tascando con dificultad el freno al impulso viajero instintivo, compensándolo, azuzándolo, sería más exacto decir, en la fantasía y la lectura: *Viaje de Medellín a Bogotá*, de Manuel Pombo; *Viaje a pie*, Fernando González; *Viaje a Portugal*, José Saramago; *Sendas de Oku*, Matsuo Basho, entre los que cita, pero, claro, debieron ser muchos más. Me gusta pensar —aunque no los menciona, es asunto mío— que también acompañó a Herman Hesse en su viaje a pie de Alemania a Italia (*El caminante*), a los vagabundos de Knut Hamsun en *Bajo las estrellas de otoño* o *Un vagabundo toca con sordina*, y a Jack Kerouac viajando a dedo por las autopistas y carreteras de su país (*En el camino* y *Los vagabundos del Dharma*), ese anhelo vitalista muy pronto se vio fortalecido por el surgimiento de una conciencia histórica en la autora que lo superaba en perspectiva. Y cuando posibilidades académicas, muy probablemente originadas en trabajos previos suyos y de otros investigadores sobre el peso histórico de unas rutas en la constitución del país y de Antioquia, cuajaron en el proyecto de

Un trabajo periodístico que va tras la memoria viva de tres caminos antiguos que fueron fundamentales para el desarrollo de Antioquia y algunas regiones vecinas. Caminos que desde inicios del siglo xx, con la llegada del motor a gasolina y las carreteras, se reestructuraron o quedaron al igual que los ferrocarriles y la navegación por el río Magdalena en las orillas perdidas de la ruralidad, resistiendo a veces solo en los

archivos históricos, pero en los mejores casos también en la memoria de los pueblos y gentes que fueron testigos de su trajinar...

ya el destino había decidido que lo ejecutara Carla Giraldo Duque, dama armada con los requerimientos debidos para emprender y culminar la aventura: deseo, decisión, conocimientos y pluma solvente, recursiva, eficaz, de convincente poder evocador.

Del proyecto llamado “Se dice río, montaña, mar”, se cumplieron los tres viajes proyectados, pero solo fue editado el primero de ellos: *Se dice río. Volver al antiguo camino de Juntas*, según lo deja claro la autora en la página 24: “Se dice río, primera entrega de este viaje, vuelve sobre el antiguo camino de Juntas, que, a partir de la colonización española y durante cuatro siglos, conectó al río Magdalena con el interior de Antioquia”. Viaje hecho y convertido en realidad editorial: “Primera entrega”. Los otros dos viajes también se hicieron, pero la utilización del tiempo futuro precisa que aún no se han materializado sus entregas: “Se dice montaña —en su momento— contará...”. Y *Se dice mar*, la del camino...”. Orden que no se corresponde con el que tuvieron los viajes, pues el primero en recorrerse fue el de la montaña: “Con la compañía de Jesús Antonio ‘Toño’ Henao, un arriero sonsoneño, me atreví en el 2008 a enfrentar mi primera ruta. La trazada en el siglo XIX por los colonos antioqueños en su desplazamiento al suroriente en busca de tierras libres para trabajar” (23).

---

**El viaje obedecía a una pulsión natural, personal, por viajar,** y a la conciencia histórica del papel que tuvo el “antiguo camino de Juntas” para Antioquia durante cuatro siglos: se le hizo necesario romper el olvido en que los antioqueños habían caído sobre lo que le debíamos a ese camino, escribiéndolo.

---

El de *Se dice río* —contado por el libro que leemos— lo hizo tres años después: “Y el sábado 2 de julio de 2011, a las 5:00 a. m., salí por enésima vez del terminal de buses de Medellín” (30). Su ruta: en bus hasta San Carlos (donde pernoctó para averiguar por un probable baquiano; obtuvo el nombre de uno, *Javierelpueblo*, antiguo arriero, vaquero para cuando Carla lo averiguó; vivía en El Jordán (antiguo Canoas), donde estaban en las Fiestas del Arriero); al otro día viaje en bus a El Jordán (corregimiento de San Carlos); en bus a Nare (antiguo Puerto Nare); a Puerto Berrío en lancha; regreso en lancha a Nare; Nare a Juntas (lugar donde el Nare y el Samaná unen sus aguas); ascenso a pie a la legendaria bodega; regreso a Nare en canoa; en moto conducida por un lugareño a Narices (también corregimiento de San Carlos); ascenso a pie por una trocha de canalones en dirección a El Jordán, con dos paradas de descanso en casas de campesinos con los que se conocía *Javierelpueblo*, hasta salir a una carretera donde los esperaba el mototaxista que los acabaría de arrimar al antiguo Canoas (El Jordán).

Esto, el plano del viaje, su esquema, por decirlo de algún modo. Sin embargo, en su condición sumaria, una lectura atenta para columbrar la extensión del territorio abarcado y un atisbo de todo lo que le demandó a la autora cumplirlo.

Y, claro, por fuera de ese resumen quedan las incomodidades en los buses intermunicipales de entonces, la estrechez, el sofoco, las ventanillas que no funcionaron, los vómitos, el estruendo de la música, los pollos y gallinas transportados con algún cuidado y sin que faltara algún gato o perro, los sudores, aguardiente en alguna banca consumido a pico de botella, condensado todo en una resultante de mal olor que apenas dejaba respirar malamente; y lo que se cobraba la intemperie, a pie o en canoas, bajo el fagonazo omnipresente e ineludible de soles implacables, o al “amparo” de su alternativa: las humedades tropicales, no menos atosigantes que las calderadas de sol; las fatigas de los canalones, los pantanos, los ascensos brutales próximos a la vertical

y el subsiguiente descenso, que, a la re- contra, exige lo suyo particular; el miedo, ocasional pero cierto, a los accidentes, a perderse, a los violentos.

El precio, se dirá. Pero esta palabra se escribe rápido, y en cuanto palabra no deja de ser eso, al igual que las que pueblan el párrafo anterior (esta idea: las cosas se escriben y leen rápido, vivirlas es otro asunto, lo dice la autora explícitamente en alguna parte). Obvio, pero no sobra enfatizar su diferente naturaleza con la experiencia original. Pero no es esto exactamente lo que debe resaltarse en el libro que nos ocupa, sino algo capital: ella pagaba gustosa el precio de tanto cansancio e incomodidad. El viaje obedecía a una pulsión natural, personal, por viajar, y a la conciencia histórica del papel que tuvo el “antiguo camino de Juntas” para Antioquia durante cuatro siglos: se le hizo necesario romper el olvido en que los antioqueños habían caído sobre lo que le debíamos a ese camino, escribiéndolo. Y para la escritura convenciera con la realidad de lo que se iba a ocupar, había que recorrer ese camino de nuevo, mostrárselo al lector, e ilustrarlo con referencias del pasado en los viajeros que lo hicieron y escribieron antes que ella. Lo que no deja de hacer a lo largo de su relato, bajo dos rasgos que lo enaltecen y particularizan de manera notable dentro de la bibliografía de los libros de viajes en Colombia, en general, y en particular de la que toca con los que cubrieron esa ruta y dejaron memoria de ella.

---

**El relato se transmuta en reportaje vivo,** colorido, polifónico, auténtico por la sinceridad de la ruda experiencia de la vida que han **padecido y gozado en sus ámbitos fluviales y terrestres** contada por ellos mismos.

---

El primero es la superación del horizonte individual y digamos que vitalista predominante en la literatura de viajes. Lo cual no equivale a negar su legitimidad, en general, ni su presencia en *Se dice río*. Carla lo admite sin dobleces, emparentándose así con el de Fernando González contado en *Viaje a pie*:

Entrar en los caminos para conocer la soledad y el espanto de la tierra abandonada. Para cambiar los miedos de la ciudad por los del monte, y perdidos en un cañaduzal tal vez volver como niños a replantearnos los mitos de la Madre Monte y El Chillón, o como adultos la conocida amenaza de los hombres de la guerra. Para disfrutar una naranja después de coronar un alto, para conocer el sabor del agua que baja por la acequia. Para entrar en una posada y compartir un aguardiente en un caserío de esos que ni suenan ni truenan. Para volver a creer en la grandeza del mundo natural (26).

Pero el viaje de Carla Giraldo Duque no se quedó ahí: fue más allá de ese horizonte placentero por la conciencia histórica que lo animó sobre el ya mencionado papel que durante cuatro siglos cumplió para Antioquia el “Antiguo camino de Juntas”, como única ruta comercial con el mundo exterior, vía río Magdalena Puerto Nare. Y en cumplimiento de este propósito de “quebrar una lanza” contra ese olvido, es que *Se dice río* se dota de uno de sus atractivos más fuertes: el carácter coral del relato. Para empezar, la autora suma a la suya, la voz de los viajeros de otras épocas, extranjeros y nacionales, que dejaron testimonio impreso de su experiencia por las rutas que son materia de su recorrido particular. Así, al lado de fragmentos de Friedrich von Schenck, *Viajes por Antioquia en el año de 1880*; Alfred Hettner, *Viaje por los Andes colombianos 1882-1884*; Isaac Holton, *Veinte meses en los Andes*; Humboldt, *Viajes por*

*Colombia*; Carl August Gosselman, *Viaje por Colombia*, y Eduardo Villa Vélez, *Viaje de Medellín a Bogotá*. Y que estas lecturas cruzaron la frontera del conocimiento previo que creó y afianzó la conciencia de la importancia histórica del “antiguo camino de Juntas”, para hacerse cotejamiento vivo lo comprobamos una de tantas veces en las palabras que anteceden la cita de Villa Vélez: “Había avanzado por un río que me parecía bello, pero fue cuando me encontré, tan pequeña como soy, entre aquel paisaje, que sí quedaba algo del Nare por el que se movió en 1862 en su *Viaje de Medellín a Bogotá*, Eduardo Villa Vélez” (al final de este comentario mencionaremos las palabras de Gosselman citadas por Carla Giraldo Duque cuando estuvo en el lugar donde se levantó a bodega de Juntas: esos minutos fueron la epifanía de la viajera marinilla). Pero *Se dice río* también convoca contribuciones contemporáneas como la de Gabriel Poveda Ramos en *Historia económica de Antioquia*, y la del antropólogo Germán Ferro Medina en *Caminos reales de Colombia*, obra donde se fundamenta, entre otros temas, el lugar de la ruta de Nare en la formación de “la cultura material e inmaterial de una región y una nación en construcción” (25).

Pero el ingrediente más astuto y eficaz de esta estrategia narrativa que le permite al relato alcanzar la dimensión de lo coral es la convocatoria a los recuerdos de lugareños de los dos puertos fluviales (Nare y Berrío), y de caseríos y asentamientos agrícolas de los alrededores, cediéndoles el uso de la palabra. El relato se transmuta en reportaje vivo, colorido, polifónico, auténtico por la sinceridad de la ruda experiencia de la vida que han padecido y gozado en sus ámbitos fluviales y terrestres contada por ellos mismos. La sensación auditiva —estética— de conjunto que transmiten esos apartes del texto, sería la que imaginariamente nos podrían regalar esos fres-

---

Desde esa cuidadosa construcción por la voz del otro, esa reunión de voces acumulada en la sensibilidad lectora la sensación de lo coral: la historia contada —heredada (**guarden o no memoria de que así es**), sufrida, gozada, enfrentada— por sus protagonistas de pie en tierra, los usualmente olvidados en los **“balances”**, los silenciados.

---

cos de los muralistas mexicanos si con cerrar los ojos pudiéramos deshechizar de sus silencios esas multitudes de Rivera, Orozco y Siqueiros.

La idea guía era entrevistarlos de cara a los rescates que animaron su proyecto: el pasado de Puerto Nare ligado al camino y bodega de Juntas como ruta comercial con Antioquia. Pero ese pasado remoto —remoto, en general, y particularmente para los habitantes de la zona hoy en día— hubo de ser sacudido por grandes transformaciones, verdad de Perogrullo. De manera tan lenta como su construcción, pero también tan definitiva cuando entró en funcionamiento pleno, el Ferrocarril de Antioquia y el surgimiento de Puerto Berrío como conexión central de Medellín y Antioquia con el río Magdalena, marcaron la decadencia definitiva de Nare y su puerto, hecho que tuvo como rúbrica el paso administrativo de Nare a condición de corregimiento de Puerto Berrío, acontecimiento que nos refresca el libro, como también nos recuerda el ocaso de Berrío y su puerto, más pronto de lo que todos alcanzaron a columbrar en un principio, cuando el transporte terrestre motorizado y la construcción del oleoducto Medellín-Puerto Berrío hicieron del ferrocarril una inutilidad, telón que se cerró en 1961. La autora resume

*Naviera Colombiana [Vapor Ayacucho].* Archivo Fotográfico BPP.



en una frase magnífica esa debacle histórica: “Porque cuando Nare ya no era, Berrío también empezó a dejar de ser”.

Ahí, en el relato de esos grandes acontecimientos históricos vividos por Antioquia, Carla Giraldo Duque toma la decisión de compartir el uso de la palabra, como narradora central protagonista que es, con el pueblo que los vivió, convocando a esa figurada mesa de conversación que suman estas páginas, a lugareños reconocidos como representativos de la entraña popular y testigos de esos cambios a lo largo de décadas. Luego de ilustrarnos con suficiencia acerca de la parábola vital de cada uno de sus “testigos de cargo”, y de enterarnos de hechos y rasgos de carácter que los particularizan, permite que escuchemos sus testimonios “de viva voz”, respetando la integridad de sus lenguajes, entonación, matices, giros individuales y hasta localismos, cribando apenas en ellos gagueos y repeticiones individuales, como es normal en un trabajo normal de edición. Desde esa cuidadosa construcción por la voz del otro, esa reunión de voces acumulada en la sensibilidad lectora la sensación de lo coral: la historia contada –heredada (guarden o no memoria de que así es), sufrida, gozada, enfrentada– por sus protagonistas de pie en tierra, los usualmente olvidados en los “balances”, los silenciados.

Como el libro tuvo la escasa circulación común entre nosotros, originada en los tradicionalmente limitados tiraje y distribución, a lo que agrego no ya la mala suerte sino su variante extrema bautizada “mufa” por los argentinos, en la forma de una encuadernación de la que se desprenden las hojas con solo echarles una ojeada, y como es más que probable la duda de los escépticos sobre mis afirmaciones acerca de las calidades específicas del reportaje que lo destacan como sobresaliente, me veo en la obligación de citar comienzos por lo menos de algunos testimonios. Es un atentado contra la brevedad que debe caracterizar a una reseña y contra los espacios disponibles en este tipo de publicaciones, pero se impone la obligación moral con verdades del libro. He aquí algunas muestras: “¿El río? Era todo, el baño, el cementerio, el basurero, el lavadero, la cocina, el lugar de trabajo de la mayoría. A las cinco de la mañana...”. Habla Eloísa, habitante de Nare, nieta de Celsa y Anacleto, quienes llegaron al lugar cuando las palabras “Puerto Nare”, “Juntas” y “Bodega”, significaban algo. “Por eso a Eloísa nunca le contaron nada de bodegas, caminos o trochas...”, la presenta Carla (42).

Coro sobre Puerto Berrío. Oigamos a Nepomuceno, marido de Eloísa: “El Berrío al que yo llegué era un pueblo seguro, no había problemas de ninguna clase. Los pasajeros llegaban desde Medellín en el ferrocarril y se hospedaban en el Hotel Magdalena mientras su barco salía rumbo a La Dorada...”.

La voz que representa un momento cumbre de ese coro al que se le da protagonismo merecido en el relato, la de Manuel Tiberio Arbeláez, encargado por el azar de confirmarle a la viajera el cerro exacto en que permaneció por muchísimo tiempo la legendaria “Bodega de Juntas”:

--Mujer, ¿usted me está preguntando por la bodega de Juntas?

--Sí, señor. ¿Alguna vez escuchó algo?

--Cómo que si escuché algo. Mi amá nació en ella y ahí vivió su juventud. Mírela allá --me dijo, y señaló con su mano una casita sobre el lado de la montaña de San Carlos (...)

Mi amá, Rosa Herlinda Jiménez, sabía que esa era la antigua bodega del camino que llevaba al interior, que por ahí pasaron desde los españoles hasta los guerrillos y paras. Ella nos decía que de muchacha a veces se encontraba moneditas raras y que desde que tenía memoria en la casa había tres jarras de bronce muy pesadas...

---

Al comenzar a cerrar esta nota vuelve la pregunta que me llegó al concluir la lectura de *Se dice río*: **¿Cómo se pudo contar tanta cosa, tanta vida, en tan pocas páginas, ni siquiera cien (exactamente ochenta y seis)?** Solo hay una respuesta viable: la autora tuvo a mano una eficaz varita mágica bifronte: composición y estilo, arquitectura y lenguaje.

---

Se le da cabida en la mesa a Belisario Betancur, acierto justo y oportuno, pues tiene que ver lo suyo, no sobra recordarlo con el concepto de antioqueñidad, en el sentido más pertinente del concepto, como identidad histórica y cultural –de la que hizo parte y a la que contribuyó con aportaciones decisivas–<sup>2</sup> e incluso muy específicamente con aspectos tocantes al libro que comentamos, como el Ferrocarril de Antioquia, “memorias compartidas” en su ya justamente famosa Declaración de amor del modo de ser del antioqueño: (...) el viaje que habíamos emprendido, para nosotros tenía un alcance casi internacional: íbamos a llegar a Puerto Berrío, a conocer el río Magdalena. Y para alcanzar nuestra meta, teníamos que atravesar el Túnel de la Quiebra, que para los paisas es ‘mítico’... La llegada a Puerto Berrío fue emocionante... (recordando un viaje que hizo de niño junto a sus compañeros de escuela, 63).

Suficiente para que al lector de esta nota le llegue algo de ese “vago rumor de multitudes que se alejan”, como en el poema de Borges. Hacerlo más plenamente implica ir al reportaje completo recogido de hecho en todas las páginas del libro.

Y no es paradoja que en ese viaje al pasado, a ver qué briznas de él podría capturar en el lugar y en la memoria de los lugareños, sería más exacto decir, la autora fuera rebosada por el presente de entonces, por sus dramas. Asistimos al residuo doloroso de la violencia que en décadas inmediatamente anteriores padeció la población de San Carlos: el comienzo del

---

<sup>2</sup> Ver *Escritos desde la Sala* N°29.

viaje de Carla Giraldo Duque coincide con los primeros pasos del regreso de los campesinos por las tierras que les habían sido arrebatadas “a sangre y fuego”, como reza la frase hecha. Y también por el presente del viacrucis de un abandono sin memoria padecido por los habitantes de Nare, y el más reciente con el que cargaba Puerto Berrío, territorios los dos que, a la desaparición de la navegación a vapor y el ferrocarril, sumaban la conversión en potreros para el ganado de lo que por siglos fueron tierras para la agricultura, historia, pues, de un despojo violento que rubricaron miles de cadáveres Magdalena abajo, panorama del desastre que se redondea con el de las devastadoras inundaciones provocadas por los desbordamientos del Magdalena, el Nare, el Samaná, periódicamente salidos de madre y la no menos endémica del abandono estatal. Sin que el lector pueda precisar el momento, se encuentra dueño de pronto de los mismos ojos desolados con los que Margot Giraldo comprueba cómo aquellas aguas que de tanto en tanto se han llevado enseres, animales, casas y vidas de los pobladores, enramblan ahora también una de las islas del Magdalena que comprara no hace mucho, y con ella animales y cultivos.

Al comenzar a cerrar esta nota vuelve la pregunta que me

---

Es que el lenguaje de **Se dice río no solo está dotado de una recursividad expresiva** propia de la buena literatura, sino que es el propio de la rememoración sensorial, nombra la emoción y la manifiesta, y trasciende por eso seres, hechos y cosas, **redimiéndolos así de solo ser nombrados**, de la existencia plana que se conforma con el registro literal del mundo.

---

llegó al concluir la lectura de *Se dice río*: ¿Cómo se pudo contar tanta cosa, tanta vida, en tan pocas páginas, ni siquiera cien (exactamente ochenta y seis)? Solo hay una respuesta viable: la autora tuvo a mano una eficaz varita mágica bifronte: composición y estilo, arquitectura y lenguaje. A lo largo de este texto hemos mostrado de hecho su construcción, los elementos narrativos que integran el relato, la naturaleza particular de cada uno y el vínculo entre ellos, las líneas de su urdimbre precisa. Pero es claro también el lugar de la escritura, de los rasgos de la prosa en la obtención del resultado final que seduce al lector con un relato de gran vivacidad plástica y narrativa, dotado de un poder de síntesis y evocación propio de la urdimbre que nos ofrecen las buenas novelas, otra cosa entonces que el lenguaje estándar ofrecido por los libros de viajes convencionales. De ahí la eficacia descriptiva que consigue en unas pocas frases mostrarnos un paisaje vasto, sus líneas, colores y olores. Vemos el río que se nos menciona y lo oímos, y nos cae en la espalda el incendio de sol que lo acompaña. Es que el lenguaje de *Se dice*

río no solo está dotado de una recursividad expresiva propia de la buena literatura, sino que es el propio de la rememoración sensorial, nombra la emoción y la manifiesta, y trasciende por eso seres, hechos y cosas, redimiéndolos así de solo ser nombrados, de la existencia plana que se conforma con el registro literal del mundo. Por su pertenencia a ese otro territorio del lenguaje, *Se dice río*, sin dejar de ser un libro de viajes, es más que eso: es lograda realización literaria.

Ese aliento que se roza de novelesco, así la narración no sea ficticia, debe señalarse como lo hacemos porque ahí radica su diferencia, su embrujo. Lo que se aprecia en cosas aparentemente tan sencillas como rehuir lo escueto de dar solo un nombre cuando le va a dar el uso de la palabra a uno de sus reporteados. No. ¿Cómo va a reprimir el gozo de la novelista en potencia que lleva dentro, y de facto en estas páginas, y callar que Eloísa (quien le dice que el Nare que ella conoce “solo ha sabido mirar al río”) es “morena de figura delgadísima y mediana, cabello oscuro recogido en una moña, vestido de flores color pastel entallado hasta las caderas y suelto hasta las rodillas”? ¿O cómo no decirnos que Nepomuceno —amarrado al recuerdo de “cuando Berrío era todo— “es alto, muy delgado, de rostro alargado, labios finísimos y cejas escasas, de las abundantes y negras que presumió en su juventud y de las que solo lo quedan una hilera de vellitos grises”?

Con la recreación de los lugares ocurre lo mismo. Ya cuando se acerca a su objetivo en la canoa guiada por don Pedro: “Un tramo después el verde cedió ante el gris, y encajada en la montaña vi la empresa de cementos. No quise distraerme en mirarla. A partir de ahí las paredes de mármol y los parches de bosque, cada vez más contundentes, marcaron el ingreso al cañón del río Nare. Encogida en su lecho, el agua corría con potencia”. Y cuando llega al corazón de su viaje, al centro de su anhelo, nos cuenta que: “La casa de Juntas era un rancho de tablas oscurecidas por los años, con techos de aluminio oxidado, escombros y materiales de construcción recostados a sus paredes, y un corredor en cemento destrozado sobre el que se tumbaron a dormir los perros y terneros”.

---

Y yo también agradecí, **porque esos dos atardeceres en el cerro de la antigua bodega de Juntas**, el de Carla y el de Carl August, **separados por 186 años**, fueron el mismo en la emoción de mi lectura. De la mano de la palabra bruja de los dos compartí con ellos **un mismo atardecer esencial en el cerro donde no estaré nunca**.

---

Esto nos deja a un paso de lo que sin duda fue la epifanía del viaje, su éxtasis poético, y con el que queríamos cerrar nuestra lectura de *Se dice río*. Ocurre en el mismo lugar, minutos después. Alejándose un poco de don Pedro y don Beto que conversan, el primero actualizando al segundo en la muerte de pescadores de los que fueron amigos en la época de las subiendas en Juntas, Carla Giraldo Duque contempla y reflexiona:

El atardecer estaba precioso, pero habría preferido un amanecer. (...) Un amanecer para ver si el río de pronto clareaba y volvían a moverse en él todos los peces que hubo alguna vez. Para ver si regresaban a sus orillas los bosques y animales que desaparecieron. (...) Envuelta en olor a tierra húmeda y a chamizo de eucalipto, disfruté el estar ahí, el haber llegado al punto de partida de ese camino hasta el que tanto anduve. En cada respiración compartí la calma, el silencio y el equilibrio de la vida allí, también el sinsabor de reconocer que, si ya no era lo que fue, posiblemente en años tampoco será ni lo que yo vi (...)

Agradecí que en 1825, en *Viaje por Colombia*, el teniente sueco Carl August Gosselman hubiera tenido la suerte de describir una tarde así: “Una tarde agradable y reposada inundaba el espacio, llenando de romanticismo la atmósfera, mientras el sol bañaba por completo la bodega existente en Juntas”.



Mapa de Antioquia. Archivo Fotográfico BPP.

Y yo también agradecí, porque esos dos atardeceres en el cerro de la antigua bodega de Juntas, el de Carla y el de Carl August, separados por 186 años, fueron el mismo en la emoción de mi lectura. De la mano de la palabra bruja de los dos compartí con ellos un mismo atardecer esencial en el cerro donde no estaré nunca. Por eso respecto de ese lugar no me vale lo que sí a Borges el espejo de su “Límites”: “hay un espejo que me espera en vano”. Noción que refuta el momento de pesimismo que oprimió a la autora cuando se le encoge el corazón al temer que si ya el suelo que pisa no es lo que fue, más adelante “no será ni lo que yo vi”, porque si es cierto que “todo lo sólido se desvanece en el aire”, como certera y desoladamente escribió Marx, también lo es que tal vez debido a su naturaleza “no sólida”, que la palabra escapa al aforismo terrible de Marx. En las palabras de todos los que allí estuvieron y testimoniaron por escrito, la bodega de Juntas, el cerro donde se levantaba y el camino no se desvanecerán en el aire. La palabra de Carla Giraldo Duque es su más reciente y vívida reactualización. Lo ha conseguido: “No cederle todo al olvido”. Le definía con precisión inmejorable Tomás Eloy Martínez: “Contra la fugacidad, la letra. Contra la muerte, el relato”.

De juventud, disponía de sobra (emprendió y culminó el proyecto de ese viaje entre los 22 y los 25 años), y juventud encauzada por una orientación positiva hacia la investigación histórica. De coraje también, y en grado tan sobresaliente y admirable, que se salía de lo común, como lo prueba la hojeada más ligera al libro. De un tema interesante en sí mismo para una gama amplia de lectores, que abarca desde los investigadores de nuestra historia hasta los lectores que aman los buenos libros de viajes. De talento para la escritura, sin duda, pues si bien el bagaje lector también era superior al promedio, como lo sugieren sus estudios de edición en México y las citas abundantes del relato —y es lugar común aceptar que nadie puede hacerse buen escritor sin pasar por una cordillera de lecturas— su bibliografía de publicaciones era necesariamente escasa. Estos fueron los ingredientes obvios para el resultado feliz de un libro que era necesario y merece ser difundido por una editorial de alcance nacional. Esos fueron los ingredientes. Ahora, que la mezcla haya resultado en la proporción específica que lo redondeó de esa manera y le donó ese brillo particular, que lo expliquen los dioses. El arte bien logrado posee una especificidad que no pueden agotar las argumentaciones demostrativas.

*Se dice río*. Carla Giraldo Duque. Sílabas Editores (Beca de Creación en Periodismo Narrativo-Medellín 2011), Medellín, 2012.  
Reedición digital de Fondo Editorial Biblioteca Pública Piloto, Medellín, 2024.

## II

### *Así me tiemble la voz*

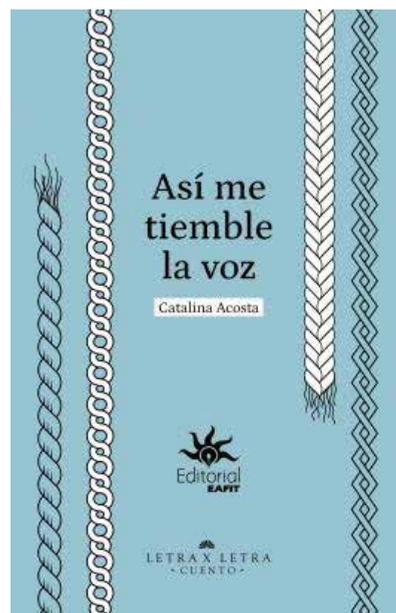
#### Un libro con “suerte”

Este libro de cuentos fue publicado por el Fondo Editorial de la Universidad EAFIT en 2023 y se presentó en el auditorio de la Biblioteca Pública Piloto en 2024. Pertenece a Catalina Acosta, asistente al Taller de Escritores BPP.

**A**lgunos de los diez cuentos que componen *Así me tiemble la voz* habían sido publicados en diferentes medios, como el suplemento “Generación” del periódico *El Colombiano*, y su cuento “Diez minutos” fue finalista en el Concurso Nacional de Cuento de Relata en el año 2015. Escribimos la siguiente nota para la contraportada de la edición:

*Así me tiemble la voz* relata la historia de una pérdida doble padecida por Laura, protagonista y narradora central: la inicial de su madre biológica, cuando aún era muy niña y carecía de herramientas para entenderla, y la de la Tierra, proyección simbólica de la primera, no menos real ni dolorosa, puesto que ya en su vida adulta de profesional de la ciencia, Laura sabe inevitable tal muerte. De las dos se siente culpable. Si el primer desencuentro con la vida, muerte de la madre autoritaria, es un drama privado, aunque tocado por el universal de la muerte, la segunda extinción, la planetaria, es obra diaria y sistemática de la humanidad contra la madre tierra. Este es el eje que constituye la unidad de los cuentos. A su vez, la eficacia y contemporaneidad de sus llamativos recursos técnicos y estilísticos obtienen el agrado e interés del lector moderno.

Las comillas para “con suerte” poseen un anverso que debe ser matizado y un reverso irónico. Este último se originó en la demora de su trámite en la editorial, pues afectado por la pandemia hubo de esperar cuatro años para encontrarse con los lectores. Pero como la vida en ocasiones trae sus compensaciones, *Así me tiemble la voz* ha tenido una buena acogida inicial. En el año transcurrido desde su presentación y agotado el primer tiraje, la editorial ordenó una primera reimpresión en el mismo mes de septiembre, que también se agotó pronto, y les dio pie a



los editores para poner a circular una segunda reimpresión a fines de noviembre.

Después de la presentación en el auditorio de la Biblioteca Pública Piloto, la autora fue invitada a hacer una presentación de su libro en la franja cultural del Noticiero de TeleMedellín, en un colectivo de mujeres escritoras y, más recientemente, Eventos del Libro la invitó a su programa “Adopte un Escritor”. Como nada es porque sí, y aquí viene la matización necesaria del anverso que justifica las comillas para la palabra “suerte”, es necesario aclarar que este éxito inusual, en los términos modestos en que se puede hablar de ello en un medio que como el nuestro es de escasa circulación para la obra literaria por fuera de los circuitos comerciales de las grandes editoriales, tiene su explicación en el trabajo de promoción que hicieron la editorial y el taller mismo, incluida la cuidadosa planeación del evento de presentación del libro.

Sin embargo, lo decisivo es lo que anoto en la contraportada. Pero como lo acaba de comprobar el lector de esta nota, la brevedad allí es excesiva y el espacio no daba para más. Aquí es factible y necesario matizar lo que allí no se pudo. A la raíz autobiográfica de que la autora arrancó la necesidad de escribirlo (proyectada en Laura, narradora testigo o narradora protagonista de todos los cuentos): “(...) la pérdida inicial de su madre cuando aún era muy niña”, aunada al marco desasosegante de una vida familiar que, aunque libre de afugias económicas, carecía de todo gusto por la vida, echada a perder por una madre en extremo autoritaria y moralista, asunto de los cuentos: “Santificar las fiestas”, “Y punto”, “Diez minutos” y “El ovejo”, cuento paralelo a los anteriores, que tienen a Laura y su familia como centro de la anécdota, ya que la historia de este es protagonizada por sus tíos y abuelos maternos, pero que acrece el caudal trágico de Laura y su familia porque el drama de “El ovejo” se teje con el mismo cáñamo de autoritarismo y miseria humana que termina por destruirlo.

“Así me tiemble la voz” es el cuento bisagra del libro: conecta la muerte de la madre biológica con la inminente de la madre tierra, que, “aunque proyección simbólica de la primera, no es por eso menos real y dolorosa” para Laura, que ya estudiante universitaria de biología, entra en la revelación de esa otra pérdida: la de la tierra, no inminente, en marcha. No es una casualidad, desde luego, que se haya decidido por la biología como profesión: “Ciencia natural que estudia todo lo relacionado con la vida”. La paradoja es que muy pronto se da cuenta de que el hombre se ha ubicado del lado de la muerte, que su alternativa (de Laura) real no es el canto sino la resistencia; en su acoso contra esa destrucción y carente de posibilidades sólidas, se ve compelida en su desespero a ignorar la frontera de lo pueril o patético.

Que la psicoanalista que la atiende haga parte de los que contaminan el aire fumando se une al conocimiento reciente adquirido en el aula, el libro y la revista del deterioro de la capa de ozono, vital para la vida en la tierra, a causa de la contaminación; da comienzo, entonces, a su lucha: se niega a lavar sus

zapatos, hay suciedades más graves, dice, no hay forma de lavarlas; anda con el mismo vaso de plástico para que le sirvan en él las bebidas que pide en todo restaurante o cafetería a los que entra, vaso que sí lava, pero que utiliza como bandera contra el consumismo y la acumulación de basura contaminante, consideración en la que se apoya igualmente para no vaciar los baños y de esa manera ahorrar agua, actitud que evoca al avestruz que esconde la cabeza, en este caso porque lo hace a sabiendas la condición contaminante de la orina; el aula de clase también le es tribuna para la denuncia de la aspiración a becas y posgrados: “Se quieren ir para el exterior a estudiar la conservación y se van para los países que consumen más”; de la utilización de todo aquello que es contaminante y se ha incorporado como parte de la normalidad cotidiana: barnices para uñas, tinturas para el pelo, lociones, rasuradoras, servilletas, deforestación, utilización de químicos en la producción de alimentos, a pesar del hambre en muchos lugares del mundo la comida también se suma a la basura donde no se alcanza a consumir toda, transporte motorizado (hasta donde le es factible camina o monta en bicicleta aunque su padre le regaló un carro)... Que esa tribuna le haya sido tan necesaria quiere decir solo una cosa para Laura: “El papel del biólogo es olvidar. Lo que quiso estudiar es lo mismo que destruye todos los días”. De pronto lo tuvo claro: “Su madre muerta y la vida moribunda de la tierra eran lo mismo para ella (...) de inmediato se puso en pie de guerra, siguió tratando de salvarlas, aunque una ya estuviera muerta”. Pero no desde la academia, que se había revelado impotente. Además de cuento “bisagra” por constituirse en puerta lógica de entrada a los cuentos siguientes, “Así me tiemble la voz” le entrega al libro su valor de universalidad: el drama individual de una niña que ha perdido a una madre con la que ha vivido una relación compleja y contradictoria, se conecta con la tragedia de la humanidad que asiste a la destrucción del planeta.

Los otros caminos y lugares desde los que lo siguió intentando es el asunto de los siguientes cuentos del libro. En un “Un jardín para Ruth” el lector se la encuentra en una comunidad indígena emberá, ejerciendo de maestra, donde enseña Matemáticas, Ciencia Naturales, Educación Ambiental y Tecnología, echando mano de una llamativa e interesante pedagogía personal que integra esas cuatro materias y toma para hacerlo elementos naturales del medio en el que viven sus alumnos, y cuyo eje es la promoción de una visión conservacionista y de actividades como el compostaje, de lo que se entera el lector por medio de un novedoso recurso estilístico consistente en la “transcripción” de fragmentos del “Diario de Campo del año 2000 a las directivas de la Escuela Rural Indigenista de Calderón”.

Esa obsesión conservacionista, contra el consumo y la contaminación, ha desembocado en una preocupación que se hace central: la sobrepoblación y su efecto, la reducción y destrucción de los recursos naturales. Pero su fe inicial en que en ese medio que aprecia como de vida más sencilla, natural y lejos de

los anhelos consumistas ciudadanos, con un pasado nómada supuestamente no muy lejano, y donde por todo ello era factible que calara su mensaje, cae en el vacío y aun en la sospecha y el rechazo. Una rústica caseta para el reciclaje que logra obtener con la simpatía de algunos y el apoyo de las directivas, recibe el ultraje bautismal de ser convertida por alguno en mingitorio público; caminar ya no a pie sino calzado con unos buenos tenis y poseer una moto, abre fisuras en los valores ancestrales; un grupo de muchachos emberá se acerca al pueblo entonando una canción en su idioma, pero ya en la calle de entrada traicionan su lengua al pasar a hacerlo en castellano, y su prédica (que pasa a ser algo más cuando ayuda a abortar a una muchacha indígena que lo acepta) a favor del control de natalidad, fundamentada en las clases que ha dado estadísticas y pruebas matemáticas a mano, termina en la especie de que “ella quería acabar con los indios del resguardo”, acusación de que no la defiende en absoluto que ella misma haya conseguido ser esterilizada.

---

**Pero su obsesión,** que no difiere en su intensidad con la del capitán Ahab **por destruir a la ballena blanca en Moby Dick,** se me ocurre pensar en este momento, ha dado un salto en este cuento que cierra el libro: **convencida de que la humanidad no echará pie atrás por el despeñadero en el que se ha precipitado,** no ve más opción que destruirla y dedica todo su tiempo y energía a ese propósito.

---

A la derrota que significó la academia se suma ahora la que recibe su intento de cambiar el mundo a partir de una comunidad que apreciaba como marginal a la vida urbana y la sociedad de consumo. Elige entonces otra línea de ataque: influir intelectualmente en medios profesionales que pueden tener incidencia en el desarrollo de la bioética como experta en genética, aunque originalmente interesada en la zoología. Laura se encuentra en trance de redondear y presentar una ponencia. El título, “Los tratamientos con células madre”, no pasa de ser un señuelo para hacer algo distinto en el contenido y la forma de una ponencia convencional. Sorprende a su auditorio con el relato de un sueño que presenta como efectivamente ocurrido: en la noche se ha transformado en una cucaracha gigantesca, se escapa de la casa y es perseguida por la policía, convirtiéndose en noticia sensacional de prensa y televisión. El fondo: desenmascarar que tras la repugnancia y miedo que nos producen las cucarachas, las ratas y otros bichos, se esconde mal la culpa del hombre de ser el causante de la existencia y crecimiento de esas plagas con su consumismo desaforado y la ba-

sura y desechos orgánicos que esa práctica hacen inevitables. Pero el lector encuentra una novedad en Laura: a su formación científica agrega conocimientos de filosofía y literatura. Que la simbiosis es consciente, lo confirma una cita de Johan Stuart Mill al final de este cuento: “¿Ciencia o literatura? ¿Por qué no los dos?”. En este libro todos son cuentos, desde el primero. La diferencia aquí radica en que es un personaje el que recurre abiertamente a la ficción para transmitir su mensaje: metaficción, metaliteratura.

Así, luego de “Contra la corriente”, un intermezzo en que una Laura ya adulta regresa a un momento de su pasado de niña, que para el libro tiene el valor literario de mostrar cómo pocos años después de muerta su madre, esa pérdida ha dado paso en ella a un amor más allá de lo corriente por los animales y el mundo natural que en ella será ya marca de un destino, sigue “Pecado”, una obra de teatro en un acto único con dos personajes: Juana y el Doctor. Su eje: la sobrepoblación y su corolario inevitable: la extinción de la especie humana por agotamiento de los recursos naturales. La tragedia se concentra en Juana, conciencia exacerbada del tema, voz y símbolo del ser destinado al alumbramiento de nuevos seres por el azar de la especie, partos que ocurren en medio de grandes dolores por los cambios que en la anatomía femenina produjo pasar del nomadismo recolector a la sociedad agrícola. El texto es un grito para mermar radicalmente el crecimiento demográfico.

---

**La belleza de la frase** que acabamos de citar, su eficacia estética para convencer al lector de **la realidad que nombra** y hacerlo cómplice del mismo embrujo que atrapó a Laura, **se sostiene en la voluntad que animó la construcción** y escritura del libro todo.

---

En “Promesa”, cuento final, vemos a Laura en Atlanta, viviendo con una hermana casada, y vinculada laboralmente como auxiliar de laboratorio en el Centro de Control de Enfermedades. Domina el inglés, ha obtenido títulos y certificados en su área de conocimiento, tiene una hoja de vida notable como conferencista, participante en simposios y autora de artículos en publicaciones científicas, magíster en genética y le apunta a un doctorado en virología. Entre tanto han ganado en solidez y fundamentación matemática y estadística sus argumentos a favor de una política demográfica global que frene el crecimiento desbordado de la población, el control al concomitante consumo ilimitado y sus efectos en la contaminación y destrucción de los recursos naturales, léase la muerte de la tierra, de la que se siente tan culpable como de la muerte de su madre. Pero su obsesión, que no difiere en su intensidad con la del capitán Ahab por destruir a la ballena blanca en *Moby Dick*, se me ocurre pensar en este momento, ha dado un salto en este cuento que cierra el libro: convencida de que la humanidad no echa-

rá pie atrás por el despeñadero en el que se ha precipitado, no ve más opción que destruirla y dedica todo su tiempo y energía a ese propósito: mientras cumple con sus trabajos rutinarios en el laboratorio donde se ha empleado, sacará el tiempo para obtener un virus que esterilice a la población masculina del planeta. Y lo obtiene. El paso siguiente es liberar el virus. Ya en este punto, Laura vacila, confía en que un “accidente” dé el paso por ella, aplaza, tal vez mañana...

Este final abierto –entre otras cosas el más lógico literariamente para que su escritura quede en una simple fantasía que haría sonreír al lector– le otorga libertad al lector para interpretarlo. Sale a la calle con el preparado fatal en un frasquito. Ve jugar unos niños... Primer movimiento interior de vacilación. Es que todo el horror y la sinrazón que domina el mundo no ha despojado a Laura de su condición de poeta que se conmueve con la belleza que encuentra en él y de la que da cuenta en los relatos que narra y protagoniza. El recuerdo del cobijo y la protección que sentía al reposar en el regazo de su madre, el de la lluvia que le caía desde la manguera cuando su madre regaba las matas del jardín, el del huevo con tomate que le preparó alguna vez cuando ya estaba enferma. O la belleza misma de ese mundo natural que la sorprendía de pronto con lugares donde quisiera vivir: “Soñaba viviendo en algunas de sus cimas, donde una pelusa de bosque las abrigaba, descorriéndose más abajo para dar paso a cultivos y potreros. A veces las nubes cubrían el bosque con una doble frazada de misterio y belleza” (83).

La belleza de la frase que acabamos de citar, su eficacia estética para convencer al lector de la realidad que nombra y hacerlo cómplice del mismo embrujo que atrapó a Laura, se sostiene en la voluntad que animó la construcción y escritura del libro todo. Porque las comillas que acompañan al sustantivo “suerte” en el título de esta reseña, se emplean con carga irónica, como llamado de atención para indicar que la acogida relativa que ha tenido (segunda reimpresión en pocos meses e invitaciones a la autora para hablar de su libro) no es un hecho “fortuito” (“suerte”) sino originado en la universalidad de su asunto central, en su interés actual y en su eficacia literaria. Su composición moderna, que intercala en un mismo texto diferentes voces narradoras, acompañado con frecuencia este recurso de saltos de espacio y tiempo que no se le anuncian al lector, y su eficaz, cuidadosa y recursiva escritura hacen de *Así me tiemble la voz* un libro llamativo para el lector avezado de hoy en día.

Pero los aciertos que se acaban de señalar están sostenidos por algo fundamental para que un relato ficticio obtenga la solidaridad del lector: su legitimidad literaria, que no puede ser otra cosa que haber sido escrito por necesidad, por darle salida a un dolor del mundo. Como lo dijo el poeta Raúl Gómez Jattin: “El principal fundamento ético del artista es su dolor ante el mundo”.

Catalina Acosta. *Así me tiemble la voz*.  
Editorial EAFIT (Colección Letra X Letra –Cuento–), 2023.

### III

## Ahora que Coltejer escribió la palabra fin

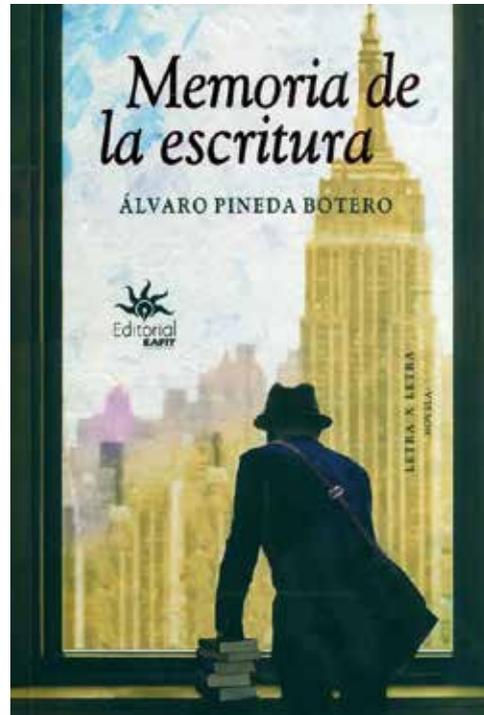
### A propósito de *Memoria de la escritura*

Como cualquier persona medianamente informada entre nosotros está enterada, la industria textil antioqueña cumplió un papel no sobresaliente sino de vanguardia en la economía de la región y el país hasta bien entrado el último tercio del siglo XX.

La bibliografía sobre la historia económica de Antioquia y el lugar de la industria textil en ella, específicamente de Coltejer, es abundante en libros, capítulos de libros y diversa clase de textos publicados en revistas especializadas y no en temas económicos<sup>1</sup>.

Y aunque *Memoria de la escritura* es el relato autobiográfico que cubre la totalidad de la vida de su autor desde la niñez hasta el momento en que escribe el libro, hemos elegido, por lo dicho en los párrafos que anteceden, centrarnos en su testimonio de los acontecimientos que conducirían a la empresa al desastre pocos años después de ese 1970, cuando se vinculó a ella, hechos a los que asistió muy de cerca, como empleado de alto nivel en el área financiera, cuando esos acontecimientos eran signos que solo preocupaban a una minoría de la dirigencia, porque sus efectos distaban de ser alarmantes, aunque ya eran, y considerablemente, preocupantes en sus estados económicos.

Que se haya elegido esa línea de tratamiento en la reseña para las memorias de alguien que en un tramo de su vida terminó definiéndose esencialmente como escritor, se origina en lo que acabamos de señalar, pero también en que la vida del autor encarna unos rasgos históricos muy representativos de valores culturales y sociales desde los que cristalizó su personalidad, y que son en buena medida los mismos que erigieron a Coltejer como una de las tres empresas más destacadas del país en el siglo XX; valores cuyo abandono (paradoja histórica) representaron el comienzo de su fin,



---

**Traer a cuento esa comparación es coherente** con el corte de lectura que nos propusimos con este libro, no interpretar y valorar la totalidad de la vida recreada en sus páginas, sino el carácter que tuvo el roce tangencial de su **protagonista con la gran crisis de Coltejer**. De dónde venía y quién era el autor del libro que vivió y narró ese encuentro.

---

y que se nos disculpe la frase hecha. La paradoja radica en que la erosión comenzó desde el centro, desde el “sancta sanctorum” que se apreció siempre, y con razón refrendada por más de sesenta años de quehacer coherente, como el corazón que salvaguardaba la solidez de Coltejer, la racionalidad de su ética empresarial. Valores que se pueden resumir en los conceptos de trabajo, visión amplia, iniciativa, honradez y vida sobria, que estuvieron ya presentes en la parábola vital de Alejandro Echavarría, su fundador en 1907, y en la de sus hijos, que continuaron impulsándola tras su desaparición.

Nacido en una familia de clase media, media alta, en el Medellín de la primera mitad del siglo XX, Álvaro Pineda Botero, el autor de *Memorias de la escritura*, asistió a las altas y bajas económicas y sociales vividas por su clase social durante la época, causadas directamente por acontecimientos mundiales como la crisis económica de 1930 y las dos grandes guerras mundiales. Después de un repaso por el pasado inmediato de las ramas maternas o paternas de quien escribe su autobiografía —que particulariza procedencias regionales y orígenes sociales: la paterna, dueña de “modestos pergaminos”, como que el abuelo trasegó con su familia por varios pueblos de Antioquia en su condición de empleado de las Rentas Departamentales, entre ellos Santo Domingo, donde nació Jorge, el padre de Álvaro, horizonte social modesto del que no era posible ascender más que “a puro pulso”, como reza el lugar común; la materna, con un abuelo que se hizo rico en la arriería y fue dueño de fincas en Sonsón y el Suroeste antioqueño, propietario de casa y almacén en el centro de Medellín (“cerca al Parque Berrío”), y de una casa quinta a la entrada de Envigado (“Monte Blanco”)—, procedencias y orígenes que para el tema de esta nota vale resaltar como típicas del proceso histórico de miles de familias del pueblo antioqueño entre los siglos XIX y XX, y que son concomitantes en sus valores esenciales de trabajo y vida sobria, tan exaltados por Tomás Carrasquilla en el conjunto de su obra, más allá de las contingencias particulares, con los que marcaron el devenir histórico final de una y otra familia: la que hizo de los almacenes de telas de los Echavarría en Barbosa y Medellín primera piedra de Coltejer, y la que condujo la riqueza del abuelo de Álvaro Pineda Botero a disolverse en el ir y venir de pleitos por herencias y sucesiones, de malas inversiones y derroches de un tío “borracho, parrandero y jugador”, panorama familiar de infortunio que recibió el “golpe de gracia” de los acontecimientos mundiales mencionados atrás.

<sup>1</sup> Solo con la intención de ilustrar de paso esta afirmación, transcribimos solo dos títulos de la abundante bibliografía que sobre el tema conserva la Sala Antioquia de la Biblioteca Pública Piloto: *Historia de los textiles en Antioquia*, de Enrique Echavarría (Tip. Bedout, 1943); *Historia de las telas en Colombia*, de Hernán Cárdenas Lince (Imprenta Departamental de Antioquia, 2011).



En octubre de 1907, Alejandro Echavarría fundó la Compañía Colombiana de Tejidos S.A. Coltejer. Retrato: Fotografía Rodríguez. Archivo Fotográfico BPP.

Traer a cuento esa comparación es coherente con el corte de lectura que nos propusimos con este libro, no interpretar y valorar la totalidad de la vida recreada en sus páginas, sino el carácter que tuvo el roce tangencial de su protagonista con la gran crisis de Coltejer. De dónde venía y quién era el autor del libro que vivió y narró ese encuentro. La naturaleza vivencial, conceptual y ética del impacto queda mejor ilustrada si se lee lo que fue esa existencia hasta ese momento, de qué fibra estaba hecha. Desde luego caben otras lecturas: la formación múltiple de una sensibilidad tejida en los acontecimientos reseñados, personales, familiares e históricos, que culminarían con el nacimiento de un escritor; pero hemos dejado esa tarea a otros.

Cuando Jorge Pineda, padre, abandona su primer empleo como contador en las Empresas Públicas Municipales, y “monta” empresa propia, la “Droguería Americana” a mediados de los años 30 del siglo pasado, dio el paso que le traerá un cambio de estrato social notable y producido en relativamente poco tiempo, y constatable en el crecimiento de la clientela, la adquisición de bienes materiales como vivienda en lugar central, un *Lincoln* y un *Pontiac*, terreno en San Antonio de Pereira donde levanta finca de recreo (“Georgia”) y caballos; en la obtención de símbolos de prestigio social como membresía en los clubes Unión y Campestre y de derivados de ellas como equipo para jugar golf; en la realización de un viaje de utilidad práctica inmediata a Estados Unidos para asistir a una Feria Mundial en New York, consolidar y ampliar vínculos comerciales con proveedores y, de paso, conocer el país. Adornaban esa exitosa

placidez burguesa familiar la suscripción a revistas europeas y norteamericanas, que respondían a un interés real por informarse de lo que ocurría en el mundo, como respondía a una necesidad real la compra y lectura de libros de historia, filosofía, literatura, historia del arte y de la música, que complementaba con la asistencia a conciertos en los teatros Junín y Bolívar, o el receptor *Philips* de la casa, que “tenía incorporado un tocadiscos eléctrico”, imagen del primer párrafo del libro y de la que parte Álvaro Pineda Botero para comenzar a desovillar el hilo de su autobiografía.

Pero aquella bonanza fue un pestaño de tranquilidad que duró apenas cinco años aproximadamente (no da la fecha exacta de fundación de la Droguería Americana: “a fines de los 30”). La rompió la entrada de Estados Unidos en la guerra en 1941. El abastecimiento no satisfacía la demanda, no había con qué responder a los acreedores, y poco después de finalizada la guerra la droguería “entró en liquidación”. Jorge Pineda vendió propiedades para cancelar deudas con acreedores, proveedores y empleados. Desaparecieron el *Lincoln* (canjeado por un *Pontiac*, a su vez vendido también muy pronto), Georgia (se salvó un caballo que fue a dar a una finca del abuelo en Sonsón), se cancelaron las memberships de los clubes, se impuso el traslado a una casa arrendada en Ayacucho que le tocó en herencia a la esposa de Jorge, situada en Bomboná con Villa, en un barrio que entonces implicaba un descenso de categoría. El padre de Álvaro Pineda no se recuperaría nunca.

En 1948 tres amigos invitaron al padre a participar en una empresa maderera: Agromaderas del Samaná, que significó solo una mejoría transitoria en la situación familiar, pues fracasó pronto, y ese hecho significaría algo más que un mal paso; fue el umbral de una línea de trabajo signada por la derrota: “Pero la quiebra de la Droguería Americana lo obligó a pasar el resto de su vida en fincas de colonización...”.

No hemos escrito este resumen del fracaso final de su padre por mero regodeo narrativo, por llenar líneas. Trasladado al hijo mayor ese brusco retroceso social de sus padres (ocurrido cuando él tenía apenas cinco años), vinieron cambios frecuentes de lugar de residencia y de colegios. Pero hubo algo más. La inestabilidad académica (jesuitas, primero, salesianos, después, colegio particular, más tarde) lo condujo a malos resultados: repetir años, ser retirado de instituciones por las autoridades de ellas, dificultades cognitivas de aprendizaje, confrontaciones con el padre, etc. Esos baches marcaron sus estudios primarios y de secundaria, situación que vino a endeizarse con los estudios universitarios.

Pero aquí (en el libro y en este comentario) lo que cuenta es la totalidad de su educación: agregada a la académica, la experiencia del mundo. De los barrios donde fue niño y joven, de los cafés, salas de cine, salones de baile, librerías y bibliotecas que conocieron su avidez lectora, de las muchachas con las que se amó, de los intelectuales y grupos a los que arrimó su curiosidad, de la vida musical de la ciudad, de sus barrios de prostitución, de sus excéntricos, de los profesores que dejaron huella

en él, de la vida en el campo, a la que le siguieron dando entrada las fincas que continuaban perteneciendo a algunos de sus familiares, de los peones agrícolas, de algún curita de pueblo, de sus ríos, donde aprendió a nadar y pescar, del guitarrista extranjero con el que soñó seguir los pasos de Andrés Segovia. Y en todo ello, incluyendo a su padre que no dejaba de trabajar, leer, escuchar música, coleccionar sellos postales y hacer fotografía, continuaban nutriéndolo los valores del trabajo, el estudio y la cultura.

Ante la elección de un camino, una vez terminado el bachillerato, y descartada la primera decisión personal, la de hacerse intérprete de guitarra clásica, pues el padre le hizo ver que de aquella alternativa era muy poco probable que viniera la rendición económica de la familia, decidió irse por la agronomía, que contaba con campo inmediato de aplicación en las fincas de las que el padre era socio industrial y en las de unos tíos en el Valle del Cauca. Pero un azar académico decidió su destino profesional, en el que llegó a destacarse profesionalmente y también en el mundo universitario. Mientras esperaba los resultados de los exámenes de admisión para agronomía, decidió, con la aprobación paterna, presentarse ante la Escuela de Administración y Finanzas (EAFIT), fundada en 1960 en las oficinas de la Asociación Nacional de Empresarios de Colombia (ANDI), con el apoyo del Instituto Colombiano de Administración (INCOLDA) y de la norteamericana Agencia Internacional para el Desarrollo (AID). Esa universidad fue concebida como un centro de formación de administradores profesionales de empresas de corte tecnológico, bajo asesoría académica directa norteamericana (fue en su mayoría norteamericana la primera planta de profesoras en distintas áreas). Un búnker aislado de la ideología de izquierda predominante en la academia universitaria medellinense y colombiana de entonces.

---

El autor de estas memorias tiene la dignidad autocrítica de reconocer que **él también entró en la feria**. Su vieja coraza de trabajo y vida sobria, reseñada en estas páginas, **tejida por sus mayores en las montañas antioqueñas, se fracturaba**

---

En ese ámbito académico se formó Álvaro Pineda Botero. Un mundo que reforzaba la mentalidad del valor de trabajo que ya traía de antes, como hemos visto. Y que lo potenciaba con el conocimiento y aplicación de métodos modernos de administración en países industrializados. Como complemento de la formación teórica, los estudiantes estaban obligados a realizar semestres de práctica en empresas de la ciudad. De esa manera, y estando aún muy joven, Álvaro Pineda entró en conocimiento directo de la banca medellinense. Su último semestre



El antiguo Teatro Junín, 1964. Fotografía: Digar. Archivo Fotográfico BPP.

de práctica lo hizo en Coltejer, una prima de su padre era secretaria de Carlos J. Echavarría. Permanecería diez años en la empresa. Para cumplir esa última práctica, lo designaron como auxiliar en el departamento de estadística en la contraloría de la empresa. Corría el año 1965 y Pineda Botero contaba con 23 años. Muy pronto detectó dos problemas grandes, ya percibidos por sus jefes inmediatos. El crecimiento de la deuda pensional y futura: “El pago mensual a jubilados crecía mes a mes y comenzaba a ser un rubro significativo. Además, el número de los trabajadores activos crecía por causa de los ensanches (...) ¿De qué tamaño debían ser las reservas para atender las pensiones en cinco, diez o veinte años?” (116). Trabajó en ese asunto con la comprensión y respaldo de sus jefes inmediatos, pero con los oídos sordos de quienes estaban más arriba: “(...) pero esta entidad parecía tan rica y pujante que el tema nos preocupaba a quienes preferían mostrar altas utilidades y repartir jugosos dividendos...”. La dirigencia dejó pasar el asunto cuando el gobierno palió un poco las cosas a futuro: “Para que el Seguro Social asumiera las pensiones. Las obligaciones contraídas hasta ese momento, sin embargo, quedaron a cargo de

Coltejer. Significaban un pasivo cuantioso que nunca fue calculado en su verdadera dimensión y que llevó a la fábrica a su descalabro en las décadas de 1980 y 1990” (116-117).

Gustavo Gallón, el contralor, su jefe, había detectado otro problema que también contó con el apoyo de Álvaro Pineda para llamar la atención de las directivas altas de la empresa: debido a la inflación, que era muy alta entonces, señala el autor, “las cifras de los activos en los estados financieros —en especial bienes raíces, maquinaria y equipo— aparecían por valores ridículos, sobre todo si se las comparaba con los precios de reposición (...) y la empresa se descapitalizaba” (117-118).

A todas estas la empresa, directamente su presidente Rodrigo Uribe Echavarría, le otorga en 1968 una beca por un año en la universidad de Syracuse, en los Estados Unidos, para especializarse en el área financiera. Consigue terminar sus estudios en el año estipulado. Le alcanza incluso para un mes de inglés antes de comenzarlos y los corona con un mes de práctica en una empresa en Washington. Pero la narración de ese año de estudios no deja de inquietar al lector atento con lo que fue su tren de vida por fuera de las aulas: en absoluto se privó de viajes de placer, amoríos (aprovechó más que bien la ola del “amor libre” inaugurada en los años sesenta), invitaciones a amigos en restaurantes y tabernas, asistencia a espectáculos musicales, regalos para muchachas y presentes para suegros fugaces. Inevitable la pregunta: ¿y la austeridad coltejeriana?

Cuando regresa se encuentra con dos sorpresas: su nombramiento como asistente del vicepresidente financiero (Gabriel Molina) y el crecimiento de la cartera “a niveles alarmantes”. Ese asunto consistía en las causas que estaban llevando a la empresa a no pagar sus deudas a tiempo y el efecto dominó que eso podía causar en el conjunto de su estructura económica. ¿Qué era Coltejer en ese año 1969-1970?:

En Coltejer se practicaba desde su fundación una política de austeridad, lo que le permitió crecer y alcanzar un lugar de privilegio. Hacia 1970 disputaba con Ecopetrol y Bavaria el primer lugar entre las empresas del país. A través de los años los directivos conformaron un discurso basado en valores democráticos y sociales que no se cansaban de repetir: la firma era el centro de gravedad donde confluían las necesidades de doce mil trabajadores, centenares de agentes, distribuidores, confeccionistas y otros clientes, miles de proveedores de servicios y bienes, más de treinta mil accionistas —ninguno de los cuales poseía más del cuatro por ciento de las acciones— y un selecto grupo de obreros especializados, técnicos y administradores. Su actividad económica favorecía a la Nación y a los municipios por los impuestos cuantiosos que cancelaba. Estaban también los sindicatos —Sedeco, Rosellón, Coltefábrica— que con su actividad garantizaban a los obreros los mayores beneficios en el concierto nacional. Por tales razones, ni siquiera la izquierda dudaba de la importancia de la acción social de Coltejer ni de las condiciones excepcionales de liderazgo de Rodrigo Uribe Echavarría, la figura más visible de la organización (170).



El edificio Coltejer en 1973. Fotografía: Gabriel Carvajal. Archivo Fotográfico BPP.

Pero muchas cosas, y de peso, comenzaron a mostrarle que esa austeridad comenzaba a ser trasgredida aquí y allá, a convertirse en asunto del pasado, en “álbum de recuerdos” para apoyar un discurso edificante “de puertas para afuera”:

Los valores corporativos se estaban transformando. La organización, imperceptiblemente, fue cayendo en el lujo y la ostentación, y el cambio se evidenció el día en que, en una rueda de prensa, el presidente anunció la construcción de una nueva sede. Iba a ser la torre más alta y moderna de Colombia y la quería en el corazón mismo de la ciudad. El terreno seleccionado era, nada menos, el que ocupaban el teatro Junín y el hotel Europa (...) Protestaron los historiadores y defensores del patrimonio cultural, quienes no entendían por qué, existiendo tantos sitios posibles, la empresa se empeñaba en derribar aquella joya de la arquitectura y el único teatro disponible para actos multitudinarios (...) La polémica, más difícil, sin embargo, fue con los accionistas, porque consideraban que el edificio era un lujo innecesario y nocivo. En caso de que hubiese recursos disponibles —argumentaban— era preferible modernizar maquinaria, mejorar la calidad de las telas, fortalecer la posición financiera (...) En este mismo sentido se manifestaron amplios sectores de la opinión pública y parte del cuerpo directivo. Pero el presidente se salió con la suya (172).

La pregunta viene sola: ¿por qué? No tiene respuesta en términos racionales, y menos todavía si se problematiza con un dato cierto: Rodrigo Uribe Echavarría no era un bárbaro. Era un hombre culto. Lo demuestran las tres bienales de arte de Coltejer, el Festival Nacional del Folclor (en dos ocasiones) y la edición de la magnífica revista cultural *Colombia Ilustrada*, que contaron con su mecenazgo y simpatía intelectual, como la tuvo el Concurso Nacional de Mejores Bachilleres, que durante cinco años otorgó decenas de becas para estudios profesionales<sup>2</sup>. Entonces, ¿qué lo obnubiló de esa manera? ¿Cómo ocurrió esa desproporcionada pérdida de juicio? La única respuesta factible se va a quedar sin aflorar nunca en las oscuridades de la naturaleza compleja y contradictoria de la condición humana. Pero si esa fue sin duda la más sobresaliente, las medidas de despilfarro que la antecedieron, acompañaron y continuaron, demostraban que la pérdida del sentido de las proporciones abarcaba gran parte del quehacer empresarial, y que la “austeridad” legendaria era, como ya lo señalamos, fósil de museo:

La prensa traía fotos y comentarios sobre la comodidad de los muebles, la belleza de las alfombra comerciales, la majestad de las obras de arte que pendían de las paredes (se importó un contenedor con

<sup>2</sup> De paso, no puede ni debe silenciarse la objeción que levanta Álvaro Pineda Botero contra las Bienales de Arte y los dos festivales nacionales del folclor, porque “costaban una fortuna y no producían ingresos” (173-174). Palabras increíbles en boca de un escritor culto, como sorprende y entristece cuando objeta que se le haya dado un “jugoso cheque a León de Greiff, sin que se le pidiera “contraprestación alguna” (173).

vinos franceses (...) Es que el presidente era un gourmet y se preciaba de serlo, un “bon vivant” afiliado a *Le Cordon Bleu* (...) Se comportaba en forma magnánima, cortejaba a mujeres hermosas (algunas eran modelos de los desfiles de moda de la propia empresa) y a sus funcionarios de confianza los hacía partícipes de viajes, clubes sociales, auto con chofer y guardaespaldas y depósito personal en un banco del exterior (173-174).

A ese delirio del despilfarro habría que agregar datos que reporta como “contribuciones a campañas políticas”. Este hecho era acompañado por una creciente participación de Rodrigo Uribe en campañas políticas y el subsecuente abandono gradual de su función central como presidente de la empresa.

El autor de estas memorias tiene la dignidad autocrítica de reconocer que él también entró en la feria. Su vieja coraza de trabajo y vida sobria, reseñada en estas páginas, tejida por sus mayores en las montañas antioqueñas, se fracturaba: “En concordancia con ese ambiente de esplendor, ostentación y derroche, tú te dabas la gran vida<sup>3</sup>: ahora despachabas en el segundo piso de la torre en una oficina dotada con muebles de estilo, con año privado y recepción. Ofrecías almuerzos en restaurantes de lujo y con cargo a una cuenta de relaciones públicas (...) viajabas con tanta frecuencia a Bogotá que el Hotel Tequendama llegó a ser como tu segunda oficina...” (174).

No podían tardar las malas decisiones empresariales. Entre otras, llegaron en la forma de bodegas montadas en Jamaica y Panamá, que la falta de una política sólida de ampliación del mercado, convirtieron en empresas de papel, sin clientes, ni disciplina de trabajo, no, como se esperaba, en lugares de llegada y salida de mercancía coltejeriana, sino en meros pretextos para el turismo de los funcionarios encargados, que no por mala voluntad sino por falta de un quehacer sólido, se entregaban con sus familias a la vida social y a “la playa, brisa y mar”, con un mucho de buceo (la descripción de los corales está muy bien lograda). Las arcas de la empresa se vaciaban así aceleradamente en ese y muchos otros frentes, entre ellos la carga pensional que, como se señaló atrás, no paraba de crecer.

Mientras tanto, lo referencia el libro, la economía colombiana cambiaba. Habían surgido los grupos económicos que absorbían otras empresas, llamados  *Holding* en el lenguaje financiero. Los grupos Sarmiento Angulo, Santo Domingo, Ardila Lule y Grupo Grancolombiano dirigido por Jaime Michelsen Uribe. En un último intento por impedir que eso sucediera con la gran empresa antioqueña, Álvaro Pineda Botero, dotado por su formación académica y experiencia para comprender la situación y salirle al paso al desastre, elaboró una propuesta, conversada inicialmente con algunos de sus colegas, que consistía en hacer de Coltejer el centro de un  *Holding* o Grupo Financiero, Era la principal accionista de Suramericana de Seguros y disponía

de una serie de empresas que mostraban en su diversidad un rico potencial económico: Coltefábrica, Rosellón, Sedeco, Coltepunto, Furesa, Futec, Derivados del Maíz, Polímeros Colombianos y Telaraña. El documento de quince páginas circuló primero a nivel de vicepresidentes: “Varios vicepresidentes te llamaron para felicitarte y te ofrecieron su respaldo”. Pero... “El presidente te llamó para que acudieras de inmediato a su oficina Lo encontraste alterado. Sacudía ante tus ojos el memorando y te exigió en forma perentoria ir personalmente ir a la oficina de cada uno de los destinatarios para recoger las copias y llevarlas a la presidencia. Así lo hiciste y él las destruyó en tu presencia. Te preguntó si quedaba alguna. Le aseguraste que no. Entonces te exigió guardar absoluto silencio sobre el contenido y sobre el incidente” (200). Rechazó así una posibilidad agónica de salvar a Coltejer. ¿Por qué? Es igual a preguntarse por qué derribó el teatro Junín y el Hotel Europa para levantar su torre. Lo que sí se sabe es que se dedicaba cada vez más a la política, que probablemente soñaba con la presidencia de la República y que gestionaba la compra de un avión personal a espaldas de la junta directiva.

El resto se sabe. Ardila Lule había adquirido una acción en la empresa a nombre de Postobón, lo que le daba derecho a un puesto en la junta directiva. En principio, lo cuenta Pineda Botero, esto no preocupó a Rodrigo Uribe. Pero en la asamblea de accionistas de 1973, Ardila sacó su as. Había comprado acciones a nombre de testaferros y de empresas inexistentes: era ya el accionista mayoritario, con el 40% real de las accionistas. Rodrigo Uribe renunció poco después, llegó a ser gobernador de Antioquia y López Michelsen le inventó un ministerio para agradecerle sus contribuciones a la campaña presidencial. Fin de la historia.

Por eso “la torre de Coltejer”, enclavada en el centro de Medellín, por la que tantos hemos pasado indiferentes veces incontables, guarda una historia: la historia de una falsa victoria y una derrota real. El tiempo ha puesto las cosas en su punto: de símbolo inicial que ratificaría un poder como especie de Arco del Triunfo, Puerta de Brandeburgo o Victoria de Samotracia, se ha trocado en cruz de cementerio, cuyo INRI contiene para mí los nombres de los últimos siete operarios de Coltejer despedidos en 2023, luego de 116 años de historia.

*Memoria de la escritura.* Pineda Botero, Álvaro.  
Medellín, Editorial EAFIT, 2018.

<sup>3</sup> Desde un comienzo el autor utiliza con frecuencia este recurso de distanciarse en la segunda persona.